

“¿A QUIÉN ESTÁS MIRANDO?”

**(Domingo 09 de agosto de 2015)
(No. 603)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



***“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”
(Hebreos 12:2).***

Es muy frecuente escuchar el trillado pretexto que esgrimen quienes se alejan de la iglesia y dejan de asistir a los servicios: -“Es que allí hay puros hipócritas; ¿Cómo es posible que estén allí cantando y alabando a Dios y fuera del templo son de lo peor?”. -Y se atreven a agregar: -“Yo no quiero ser hipócrita como ellos, así que mejor no voy”. A ellos les parece que así se soluciona todo: Dejando de asistir. Se olvidan de un mandato que está en las Escrituras que dice: ***“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25).***



No podemos cerrar los ojos, ni ignorar la tremenda realidad del mal testimonio de algunos hermanos en Cristo. Lo cierto es que, aunque somos hijos de Dios, seguimos siendo pecadores, seguimos teniendo una naturaleza humana inclinada a la concupiscencia, a la pasión, al pecado. Dice el apóstol Juan: ***“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8).*** Quiero que noten el verbo tener y que está en tiempo presente, dando a entender que aun siendo cristianos seguimos teniendo pecado. Vea este otro texto: ***“Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:10).*** Note ahora el participio: “Hemos pecado”. Dando a entender que nadie puede decir que es completamente santo y que nunca ha pecado en su vida.

Déjeme presentarle un ejemplo, el del apóstol Pedro. Veamos algunos de sus pecados aun siendo cristiano:

(1) Egoísmo. Pensaba e invitaba a Jesús a que pensara más en sí mismo que en las cosas de Dios (Mateo 16:22-23).

(2) Ira. Juntamente con los otros nueve apóstoles se enojó mucho con Juan y Jacobo porque éstos fueron a pedirle al Señor los lugares de honor en el reino de los cielos (Mateo 20:24).

- (3) Codicia. Junto con todos los apóstoles peleaba y discutía porque codiciaba ser el mayor entre ellos (Lucas 22:24).
- (4) Mentira. Porque aseguró al Señor que no le negaría e incluso que si le era necesario moriría por su Maestro (Marcos 14:29-31).
- (5) Pereza. Se quedó dormido a la hora de la angustia, aún cuando el Señor le pidió que velara con ÉL (Mateo 26:40).
- (6) Imprudencia. Evidenció su carácter sanguíneo al reaccionar en forma violenta hiriendo a un siervo del sumo sacerdote arrancándole la oreja derecha (Mateo 26:51).
- (7) Cobardía. Huyó a la hora del peligro (Mateo 26:56).
- (8) Traición. Negó vilmente a su Señor (Mateo 26:70).
- (9) Falso Juramento. Al negar agregó juramento (Mateo 26:72).
- (10) Blasfemia. Además de jurar, maldijo (Mateo 26:74).

Sí. Los cristianos, mientras estemos en este mundo distamos mucho de ser perfectos. Un archienemigo del cristianismo, el poeta y filósofo francés Francois Maire Arouet, mejor conocido como Voltaire (1694-1778), en su obra “Cándido”, escrita en 1759, muestra su aversión hacia la intolerancia, la tiranía e hipocresía de los cristianos y denuncia las atrocidades cometidas en nombre de la religión. Se cree que fue él quien dijo: “Jesucristo necesitó doce discípulos para propagar el cristianismo, yo voy a demostrar que basta sólo uno para destruirlo”. Esto lo dijo para señalar el mal testimonio de quienes se dicen ser seguidores de Jesucristo. Otra frase que se le atribuye es: “Si ustedes los cristianos queréis que yo crea en el Cristo que predicáis, tenéis que ser más cristianos”. Aunque nos duela aceptarlo, en ambas frases este pagano tenía razón, porque es cierto que los cristianos podemos ser piedra de tropiezo con un mal testimonio y también es verdad que los cristianos debemos respaldar el mensaje de salvación con una vida que refleje la luz de nuestro Rey y Señor.



Pero, mis amados hermanos, aun el hecho de ser testigos o quizá víctimas de un mal testimonio, eso no nos da derecho alguno de abandonar las filas del cristianismo, ni de darle la espalda al Señor, ni rehusar adorarlo y servirle con todo nuestro corazón.

Si alguno de los cristianos está haciendo mal en su conducta o en su carácter, ese cristiano dará cuentas al Señor. Y usted que se aleja del Camino, también será juzgado por el Juez Justo y no podrá argumentar que se desanimó por culpa de otros. Al final de las cuentas se verá que fue usted quién tomó la decisión de retirarse, nadie lo obligó, ni le torció la mano, usted lo decidió y por ello es responsable.

Es verdaderamente ridículo que un cristiano consagrado y que ha entendido el compromiso que tiene con Cristo, de pronto, deja de servir al Señor nada más porque otro se porta mal, no vive como es digno de Cristo, o simplemente no hace lo que debiera hacer.



Es igual que si alguno de los hermanos fieles, que es aficionado al futbol, de pronto dejara de asistir y con ello de servir al Salvador, tan solo porque el delantero de la selección mexicana de futbol, un tal Orrible Peralta no mete goles.

Nuestros ojos, queridos hermanos, deben estar puestos en Jesús.

¿No lo dice así la Santa Palabra? **“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).** Nosotros, somos llamados hoy, por el Espíritu Santo, a no poner nuestra mira en nada, ni nadie más que en nuestro Redentor Cristo Jesús.

Nadie más merece toda nuestra confianza y que depositemos en ÉL toda nuestra esperanza y no solo en el tema del testimonio de otros, sino en todos los aspectos, en nuestras necesidades, en nuestros problemas, en nuestras crisis, debemos mirar a ÉL y solo a ÉL.

Yo le pregunto hermano, ¿Por qué prefiere mirar el pecado de los demás y no la hermosa santidad de Cristo? ¿Por qué prefiere ver la debilidad espiritual de los otros en vez de mirar atentamente el poder de nuestro Salvador? ¿Por qué prefiere notar la infidelidad de los demás y no observar la preciosa fidelidad de nuestro Señor?

Hay un gran peligro cuando desviamos nuestra mirada de Cristo.

Que nos lo diga el apóstol Pedro. Si no me equivoco, uno de los peores momentos del apóstol Pedro, de los más vergonzosos, es cuando el Salvador lo reprende precisamente por haber desviado su mirada. Este triste episodio fue cuando el apóstol quiso, al igual que el Maestro, caminar sobre las aguas del mar de Galilea. Y lo estaba logrando, pero dejó de mirar al Maestro y al ver el viento y la tempestad comenzó a dudar en su corazón y por consecuencia empezó a hundirse. Desesperado le gritó al Señor que lo salvara. El Redentor lo hizo pero a la vez lo regañó diciéndole: “...
¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mateo 14:31).



Por esto, usted concentre su mirada solo en Cristo y no en los errores de los demás.

Si usted me lo permite, le contaré una anécdota que me sucedió en mi ministerio pastoral:

La vida de un pastor no es nada fácil. Llegó un momento en la vida de mi familia en que la ayuda económica que me daba la iglesia no era suficiente. La congregación me daba \$ 1,800.00 pesos ¡Al mes! De allí, yo debía pagar la renta de la casa, el agua, la luz, el gas, el teléfono. Eso requería \$ 1,500.00 y me quedaban solo \$ 300.00 al mes para alimentación, vestido, escuela, etc. Es decir, diez pesos al día. Solo el periódico costaba \$ 5.00. Pero el Señor nunca nos dejó y siempre, de una u otra forma, siempre ÉL proveyó para nuestras necesidades.

Por ese tiempo yo tenía dos trajes, uno café oscuro y otro azul claro. Así que un domingo era el traje café y otro domingo era el traje azul. Por el uso, el traje café se desgastó tanto que se rompió y de tan luido ya no tuvo remiendo según me dijo el sastre. Así que el siguiente domingo usé el traje azul y el otro domingo también, y al siguiente domingo también, y así sucesivamente. Un día, al apostarme a la puerta para despedir a la congregación al finalizar el culto, un hermano me estrechó la mano y me dice: -Nada más te veo con tu trajecito azul y me echas a perder el día.

Yo me desconcerté y no supe que decirle. Solamente pensé: “¡Ay, hermano, si supieras la situación en que estoy!”. Pero una hermana, ya de edad, que venía detrás de él y lo escuchó, me dijo: -Venga hermano. -Y nos apartamos un poco de la gente y entonces me dijo unas palabras que no olvidaré jamás: -No deje que los errores de los demás le afecten a usted.

Y es lo mismo que yo les digo, mis amados hermanos, no dejen, no permitan que los errores de los otros les afecten a ustedes.



Miren este texto bíblico: “... ***¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?” (Salmo 42:9).*** En otras palabras, el enemigo hará su trabajo, nos meterá opresión, él está en lo suyo, ese es su “jale” dirían en mi tierra; pero lo mío es no sentirme mal por su acoso. ¿Por qué andaré enlutado nada más porque el enemigo hace de las suyas? ¿Acaso por enlutarme yo, él dejará de hacer su trabajo de opresión? ¡Al contrario! Si me ve debilitado arremeterá con mayor furia con tal de acabarme.

Lo mío es resistirle firme en la fe, presentarle batalla, hasta que huya de mí como dice la Escritura: “***Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros***” (Santiago 4:7).

Permítanme compartirles otra historia bíblica. Cuando el Señor después de su resurrección se presentó ante siete de sus discípulos en la orilla del mar de Galilea. Estando alrededor de una fogata el Maestro le preguntó tres veces a Simón Pedro si le amaba. En las tres ocasiones Simón le contestó que sí, que ÉL lo sabía, que le amaba. Enseguida el Salvador se levantó y pidió a Simón que le siguiera. Cuando van caminando por aquella playa, Simón voltea hacia atrás y ve que les sigue a la distancia el apóstol Juan. Entonces, Simón le pregunta a Jesús: “... **Señor, ¿y qué de éste?**” (Juan 21:21). Veamos la respuesta del Maestro: “**Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú**” (Juan 21:22).

Muchas veces, nosotros usamos esta misma pregunta al Señor, cuando vemos a alguien que a nuestro juicio no tiene buen testimonio. “... **Señor, ¿y qué de éste?**”.

Cuando vemos que alguien está apático en las cosas de Dios, cuando vemos que alguien no se porta como es digno de Cristo, cuando vemos que alguien no vive lo que predica, cuando vemos que alguien no quiere servir al Señor, cuando vemos la reacción de alguno, sus modales, sus enojos, las palabras que usa, etc. es entonces que preguntamos: “... **Señor, ¿y qué de éste?**”.

Pero indudablemente, el Señor nos dará siempre la misma respuesta que le dio a Simón Pedro: **¿qué a ti? Sígueme tú**”.

Cuando uno ve un mal testimonio, lo primero que viene a la mente es renegar del cristianismo, de los cristianos y lo que es peor, del Señor de los cristianos. Y por impulso visceral, más que por una denodada oración y meditación, renunciamos a seguir sirviendo al Señor. Actuamos como si Dios fuera el culpable de lo que sucede. ¡Amados hermanos, esto no debe ser así!

A nuestra vida, amados, pueden llegar un sinnúmero de malos ejemplos, pero a pesar de ellos, no perdamos de vista que nos debemos a un Dios Amoroso, Bondadoso y Misericordioso.

A todos los que ponen de pretexto el comportamiento de tal o cual hermano o hermana, el Señor siempre les dirá lo que le dijo al apóstol Pedro: “... **¿Qué a ti?, sígueme tú**” (Juan 21:22).



Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“A PESAR DEL MAL TESTIMONIO”

El rey Josías promovió un gran avivamiento espiritual en el reino de Judá. Pero tuvo que luchar contra la influencia del ejemplo negativo de su padre Amón y principalmente el de su abuelo Manasés. Este Manasés fue uno de los más perversos reyes de Judá, pues se atrevió a meter en la Casa de Jehová una imagen de Asera y edificó altares a Baal y adoró a todo el ejército de los cielos, pasó a su hijo por el fuego, y se dio a observar los tiempos y fue agorero e instituyó encantadores y adivinos e indujo al pueblo a hacer más mal que todas las naciones que Jehová había destruido delante de Israel. La tradición dice que este malvado rey fue el que mando asesinar al profeta Isaías aserrándolo, es decir, cortándolo con una sierra por la mitad. Y Amón, el padre de Josías, anduvo en las mismas prácticas que su padre Manasés. Pero aquel jovencito Josías no se dejó influir por el mal testimonio de sus antepasados, sino que empezó a buscar el rostro del Señor.

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”
(Hechos 20:24)